

rosicler halagadas, mecidas con suaves canciones y sonatas, bajo techumbres parecidas á cielos del Asia en serenas noches, respirando aires perfumado, en cuanto les abren la salida que conduce al movimiento y á la libertad abren sus alas, despiden sus gorgoros más dulces y toman el cielo azul infinito con vertiginosa celeridad, sin acordarse de los bienes dejados en su prisión, y mucho menos de los peligros corridos ya otras veces en la inmensidad vaga y celeste del aire. Así hubiera procedido, como tales avechillas Zoraya, días antes del sueño último y de la procelosa entrevista con el moro enamorado y reverente. Pero al llegar Illán y prometerle su libertad, aceptándola, queriéndola, no ponía todo el empeño necesario en realizarla y presentaba dilatorios argumentos que acaso podían impedirle. Y en efecto, al otro lado, lejos de allí, en otra torre separada por patios y cármenes acontecía la escena que vamos á referir, íntimamente unida y enlazada con la escena que ahora hemos referido.

CAPÍTULO IV.

Así como las gentes mandadas por Illán habían llegado hasta el cuarto de Zoraya, las tropas mandadas por Gezar habían llegado hasta el cuarto de Hacem. Ya hemos dicho la resuelta y noble actitud tomada por el Sultán granadino en tan supremo trance. Lejos de ocultarse, como hubiera hecho un cobarde, por los diferentes subterráneos de su palacio, irguióse con verdadera soberbia y aguardó á los tumultuados con verdadera tranquilidad. Sabía que desguarnecido el palacio de tropas suficientes á contrastar aquel aluvión caído sobre su corona, solamente le quedaba un recurso de salvación posible, la superioridad intelectual y moral que dan sobre amotinados y tumultuarios el valor propio y la confianza en el ejercicio sereno y resuelto del poder que da una eficaz autoridad. Si vuelve la espalda ó corre, lo rematan; pero, retando al tumulto y sobreponiéndose al peligro, podía esperar con razón

ó someterlos del todo á sus órdenes ó quebrantarlos por lo menos en sus resoluciones. Así llamó de pronto á los faquies más cercanos y los puso en grupo á su derecha; volvi6se á Venegas y orden6 que se levantase como vizir en una de las gradas de su trono; é irguiéndose luego en el sitio eminente reservado por las tradiciones y por las costumbres y por las liturgias cortesanas á su persona real, aguard6 allí, como una estatua de piedra, según lo rígado y frío, el supremo desacato.

Las puertas se abrieron; y los amotinados entraron. Aquellas gentes de razas varias, unidas por el odio común al Sultán, ¡parece imposible! sintiéronse como dominadas por supersticioso respeto, en cuanto pisaron aquellas misteriosas y sacras estancias. Imagináos el triste libertino, que por los vapores de las orgías arrastrado, en el ansia de hacer algo extraordinario, correspondiente al vino que lleva en el cuerpo, algo capaz de interrumpir el hastío contraído por su alma en el agotamiento de todos los placeres, idea la profanación de los templos, donde ha rezado él mismo, y asaltos de monasterios, cuyas oraciones han llegado á sus oídos enviadas por las voces angélicas de las monjas que arrullaron su niñez y encendieron su fe primera, imagináoslo en la noche callada, encaminándose á cometer el nefasto delito; mientras no ve otra cosa más que su camino, tampoco ve otra cosa más que su resolución, y corre y avanza entre las sombras de la noche con la seguridad completa de

no sufrir ningún desmayo; pero al llegar y encontrarse frente á frente del objeto ayer amado, y hoy próximo á ser herido y manchado por sus profanaciones, los recuerdos más caros de su infancia se agolpan á la memoria, los sentimientos más dormidos en su corazón se despiertan á una y en verdadero tropel dentro de su pecho, las sombras más olvidadas de su familia surgen como almas del otro mundo venidas; y las torres del monasterio crecen á sus ojos como si tocaran las cumbres del cielo; y el acento de la campana que suena á las altas horas de la noche retumba como una maldición suprema en sus oídos; y la retina de la triste lechuzza ó los graznidos del buho solitario parecenle muertos que se levantan de sus sepulturas y que van á cogerlo con sus manos de frío esqueleto, para sepultarlo en las que bajo sus piés bostezan á una en el sacro pavimento; hasta que, sudoroso con el sudor de las agonías últimas, pálido con la palidez de los cadáveres, aterrado de sí mismo, se precipita en las gradas del santo lugar que había querido maldecir y le pide perdón de hinojos por aquella su instantánea demencia.

Tal fué la impresión de los granadinos amotinados al encontrarse frente á frente de Hacem erguido en su trono. Aquellos sitios por donde habían pasado recordábanles casi toda la religión de su patria. Los altos muros, las soberbias torres, el ingreso en las mezquitas, las inscripciones que resaltaban sobre los arcos de herradura, las leyendas

unidas á tantos sitios por la tradición consagrados ejercían á una en ellos el influjo que los templos ejercen sobre los creyentes. No en vano toma un pueblo del tiempo larga y tenaz educación monárquica; no en vano se acostumbra por tradiciones repetidas á considerar como una especie de dioses á sus reyes; no en vano enlaza en su memoria con el recuerdo sacro de sus fortunas y de sus adversidades el nombre glorioso de sus antiguas dinastías; toda esta grande tradición que parece olvidada, todo este prestigio natural que parece perdido en las mil incidencias terribles de la vida, vuelven cuando las circunstancias lo imponen con imperio, y ejercitan tanto sobre los individuos como sobre las muchedumbres aquella influencia que parecía por completo perdida y que saca su fuerza de lo más fuerte que hay en el hombre después de la naturaleza y que saca su fuerza de la honda y arraigada costumbre. El pavimento se movía como sacudido por un terremoto bajo las plantas de aquellos supersticiosos; las leyendas recordatorias de los más ilustres nombres dinásticos saltaban como si de las paredes todas ellas se desprendieran y volaran á guisa de fuegos fatuos, en direcciones opuestas; las sombras proyectadas por la historia penetraban por las rendijas de las creencias en los senos de aquellas almas creyentes y les decían que iban á profanar el templo de su culto y desacatar al representante sobre la tierra del Dios de sus padres.

Bien es verdad que Hacem había procedido como deben proceder todos cuantos quieran imponerse á las muchedumbres. Si en el ánimo de los jefes como Gezar, ya comprometidos y empeñados en el buen logro de aquella terrible conjuración cortesana, verdaderamente no podía el Sultán ejercer ninguna influencia, en el ánimo de las muchedumbres la ejercía por todo cuanto le rodeaba y por su propio valor personal. Allá iban los amotinados movidos por el viento de rebelión rugiente sobre todo el territorio granadino, pero no libraban al combate los odios, ni á la victoria los resultados que libraba Gezar. Este, conspirador emeritísimo en pro de la supremacía de Aixá y de su Boabdil, se había visto acosado por múltiples persecuciones en su obra dificultosísima y herido por las múltiples heridas que trae siempre al combatiente un combate verdadero y á muerte. Él se había visto en las incidencias de tantas agitaciones como hacían zozobrar la corte de los nazaritas, depuesto de sus dignidades, apartado de sus compañeros, en dura mazmorra encerrado, perseguido como feroz alimaña; y dos instintos le guiaban, su propia defensa y la inevitable propensión al exterminio de sus terribles enemigos. No puede, no, apreciarse hoy, en la dulzura de nuestras costumbres y en los progresos de la libertad y de la justicia, todas las crueldades contenidas allá en las guerras cortesanas de Oriente. Los Omniadas, exterminados todos ellos, hasta los que solo tenían un cuarto de la sangre de

tal familia en sus venas; los Abencerrajes, degollados sobre los pavimentos de la celestial Alhambra, dan una idea del terror en las cortes orientales reinante y de la saña con que se perseguían entre sí hasta exterminarse sin piedad los partidos contrarios. Ningún sentimiento humano entraba en tales porfías, muy semejantes á las que tienen allá en las entrañas de la naturaleza empeñadas las diversas especies que sólo conocen el odio á las otras especies enemigas y solo buscan su daño, porque para vivir ellas necesitan de aquel horroroso exterminio.

—A él—grito Gezar.—A ese fementido tirano. Y señaló con su alfanje la persona del monarca erigido con toda majestad en su trono.

—¿A mí; á vuestro señor natural, á vuestro jefe y vuestro capitán en los combates, al intérprete de la santa palabra en los templos ¡ah! os atreveréis vosotros sus vasallos, sus siervos, sus criaturas?

—Muera el tirano Hacem—gritó Gezar, mirando con miradas amenazadoras al Sultán y con miradas imperiosísimas al tropel.

—Nos ha vendido—exclamó á su vez otro de los jefes insurrectos.

—Y entregado casi á los cristianos—gritó un tercero.

—Y desaparecido de vuestra vista como un misterio—gritó un cuarto.

—Y abandonado Alhama—dijeron otros varios.

—No en verdad—respondió Hacem,—convenido ya del triunfo suyo después que los rebeldes

no habían sido á despedazarle osados como les mandaban sus jefes ebrios de rencorosas iras.

—Sí, sí, sí,—gritaban los tumultuados primates, mientras la hueste silenciosa y absorta no hacía más que contemplar la estancia maravillosísima de aquel encantado palacio y la persona majestuosa de aquel soberbio monarca.

—Vosotros sabéis,—dijo Hacem dirigiéndose desde lo alto de su trono á los rebeldes, vosotros sabéis que peleamos como buenos en la recuperación de Alhama, y que solo rendimos nuestra cerviz á los decretos y á los mandatos de la fatalidad. Vosotros lo sabéis, veteranos curtidos en la guerra mejor que vuestros pérfidos seductores, incapacitados por su odio á mí de pelear honradamente con los infieles, metidos como están hasta la cintura en las trampas y en las celadas puestas por ellos mismos para derribarnos, hundirnos, y perdernos á todos.

Los que habían peleado en cien batallas y correrías con Hacem; los que le habían seguido por aquellos primeros años de su gloriosa juventud en requerimiento del combate y del triunfo cosechando glorias y despojos en abundancia, sintiéronse como representados por las palabras del Sultán y como heridos por los conceptos de sus jefes. Lo cierto es, que un rumor de aprobación salió de todos aquellos labios, y las indecisiones del primer momento iban ya inclinándose á una grande sumisión propia de la cultura que tenían y de los recuerdos que todos á una llevaban en el alma. Hacem,

muy ducho en toda suerte de achaques políticos y penetradísimo por su experiencia del estado particular en que se hallaban las voluntades fluctuantes de los subvertidos, no trató por aquellas circunstancias de quedarse con la partida y volver las armas contra los mismos que las asestaran á su pecho, prolongó la situación seguro de hallar al fin natural de toda ella una favorable salida y un completo triunfo. Gezar y sus compañeros alcanzaron bien pronto á comprender que necesitaban de un esfuerzo varonil y supremo para derribar por tierra el monarca, muy zaherido por los rebeldes cuando estaba lejos y muy respetado así que se les apareció y se les impuso con su majestuosa presencia.

—No invoques, Hacem—le dijo descaradamente Gezar,—no invoques títulos ya olvidados en nuestra memoria y ya desaparecidos de tus blasones. Tomaste á Zahara, es verdad; la tomaste con valeroso empuje; venciste á castellanos tan soberbios como los que habitaban las erguidas y ceñudas torres del fuerte inexpugnable Martos; pero después, te has metido en tu concha, y te has encerrado en tu alcázar, cuando más los granadinos hemos menester un jefe militar que nos defienda, y un monarca verdadero que nos gobierne y que nos salve.

Estas palabras, dichas con altísima entonación, volvieron á subyugar los ánimos flotantes de aquellas muchedumbres indecisas, y á inclinarlas, bien que con escasa inclinación, hacia el lado de los jefes rebeldes. Conociéndolo estos, pues en los comba-

tes los sentidos se aguzan mucho y la percepción mucho se afina también, volvieron á la carga con reconvenções y argumentos solo posibles en las naciones tiranizadas á la víspera de un material y guerrero combate.

—Las rentas están perdidas—decían unos.

—Los extremos occidentales de la vega están tallados—decían otros.

—Alhama perdida—exclamaban estos.

—Loja terriblemente amenazada—los demás añadían.

—Los Ponces llenos de gloria—se murmuraba en esta parte.

—Los reyes católicos en Córdoba, para presidir la última grandiosa empresa contra nosotros.

—¡Ay de mi Alhama!—Se oye por todas partes. Gezar, viendo cómo volvía de nuevo á tomar cuerpo el tumulto apaciguado por las arrogantes palabras de Hacem, alzó de nuevo la voz con temerario arranque y dijo el pensamiento que animaba la conjuración en estos imprudentes y no bien meditados términos.

—Todos te queríamos y todos te acompañábamos, Hacem, cuando salías de tus tiendas con los sigilos del tigre, y te lanzabas sobre los infieles con los ímpetus de verdadero león. Ni una palabra te dijimos fuera de las dictadas por el acatamiento y la obediencia en aquellos días en que los turbantes de tu cabeza real se asemejaban á tempestuosas nubes, y los alfanjes mantenidos por tus poderosas

manos á rayos asoladores. Aclamabámoste cuando volvías después de haber dejado una inundación procelosa en las tierras de nuestros enemigos, y te bendecían á una con las palabras del Koran varones, mujeres y niños. Todos estábamos contigo, cuando desengarzabas una ciudad de la diadema castellana ó traías entre tus rehenes altos sacerdotes del altar y hermosas vírgenes arrancadas á los espléndidos palacios. El día en que la sombra del embajador Vera se deslizó por las columnas del patio de los leones, todos asentimos á tus palabras y todos sustentamos tu valeroso reto. Sangre te dimos en la toma de Zahara; y sangre á torrentes en el cerco nefasto de la incomparable Alhama. Estas cimitarras que de nuestros costados penden, cercenaron cabezas infieles á granel, y estas manos callosas pusieron las cercenadas cabezas en los altos muros de tus soberbias alcazabas para eterna recordación é imperecedero trofeo. Mas ahora que vemos tu pereza comparable sólo á la inercia de un cuerpo muerto, ahora que junto á tu misma persona y en las gradas de tu mismo trono vemos como plantas parásitas en troncos añosos los renegados castellanos, ahora te decimos, que habiendo caído en la cuenta de necesitar otra voluntad y otro esfuerzo muy superiores á tu esfuerzo y á tu voluntad, hemos resuelto deponerte y sustituirte con la leona que ha descendido de las Alpujarras para bien de Granada, con Aixá y con el cachorro que lleva su sangre pura en el cuerpo y sus enérgicas ense-

ñanzas en el alma, con tu hijo Boabdil, desde hoy mismo, nuestro jefe y nuestro soberano en Granada.

Nunca tal cosa dijera el inexperto conspirador. Sus amigos, mal seguros como hemos visto, no estaban unánimes en especificar la naturaleza del mal, y mucho menos el debido remedio. Querían estos deponer al Sultán; aquellos advertirle y mejorarle; los más exaltados, que siempre los hay en todas las agrupaciones, opinaban por deponerle y aun descabezarle; pero los más prudentes, verdadera mayoría en aquel entonces, no estaban por tales extremos y querían cambios de proceder y de pensar en el monarca, pero no cambios de monarca en el reino. Todos estaban acordes en el odio á Venegas, pero no todos estaban acordes en quién debía recoger su detestada privanza. Querían estos que Aliatar, el padre de Moraima, suegro de Boabdil, por ende, se hallase más cerca de Hacem; y querían aquellos que un jefe tan atrevido y arriesgado como el Zagal, ducho en todas las artes de la guerra, glorioso en victorias, capaz por su valor y por su renombre de armar y sostener un ejército, desempeñara una especie de lugartenencia en la monarquía, y participase de un fragmento, por lo menos, de aquella combatida corona. Boabdil y Aixá tenían escasos partidarios en las muchedumbres, aunque tuvieran muchos y muy valiosos en los jefes. Y como las muchedumbres no los amaban de ningún modo con aquel amor que inspira y hace llevaderos los mayores sacrificios, al oír la